

LA BATALLA DE LA VIVIENDA SIGUE...

Parece innecesario decir que en Madrid se construye mucho. Esta realidad sale al paso de quien recorre la ciudad y sus alrededores, en forma de poblados, ciudades satélite, bloques y barriadas. Es un desbordamiento de edificación por todas partes. En la información de la visita del Jefe del Estado realizada el pasado día 21 a diecinueve nuevos núcleos urbanos, se nos ha recordado que en total pasan de sesenta mil las viviendas construidas con protección oficial, dentro del Plan de Urgencia Social de Madrid, y en rivalidad la iniciativa privada con la Organización Social y el Instituto de la Vivienda. Toda esta gigantesca e inmensa creación ha sido realizada en poco más de dos años, y la obra actualmente en ejecución supone otro tanto. Poblados con censos mayores que los de muchas ciudades importantes han surgido, urbanizados y con sus servicios completos. En total, doscientas cincuenta mil, tal vez trescientas mil personas, verán solucionado el angustioso problema de la casa. Lo cual no quiere decir, ni mucho menos, que no siga en pie y con caracteres graves el mismo problema para millares de personas llegadas a Madrid acogiéndose a la benevolencia de la ciudad.

La capital de España crece con desmesuramiento, como se ha dicho, en virtud del continuado éxodo de campesinos, en especial del Centro y Sur, afanosos por buscar en la ciudad los bienes y satisfacciones a la vida que les niegan los pueblos. Una vez aquí, especuladores y logreros, gentes desalmadas que hacían granjería de la situación equívoca y difícil de los intrusos, los esquilaban a cambio de ofrecerles una chabola, construida en trabajo clandestino durante la noche. El abuso adquirió tales proporciones que el entonces ministro de la Vivienda, señor Arrese, se vio en la necesidad de adoptar medidas para contener el acceso de masas de aspirantes al título de vecinos de la capital. Pero las medidas no tuvieron la eficacia esperada. Continuó la filtración de emigrantes, y si bien el Ministerio de la Vivienda, mediante poblados de absorción, consiguió limpiar de chabolismo grandes zonas infectadas de esta proliferación, la epidemia apareció en otras.

En los dos últimos años, la invasión ha decrecido. A ello ha contribuido, con las medidas adoptadas, el descenso de la actividad constructora como consecuencia de la estabilización. Sin embargo, con ocasión de la visita del Jefe del Estado al Ministerio de la Vivienda, el Sr. Sánchez Arjona, en presencia del comisario general de Urbanismo, Sr. Trias Beltrán, informó detalladamente al Caudillo, con gráficos y mapas, de la situación. El chabolismo ha reaparecido: en la actualidad se calculan en 27.624 las chabolas y en 624 las cuevas. La mayor parte, en número aproximado de 16.500, se hallan entre Vallecás y Puente de Vallecás. En otra zona comprendida entre la carretera de Aragón y Vicálvaro, cuevas y chabolas suman más de 4.000. En un amplio mapa, confeccionado por la Comisaría para la Ordenación Urbana de Madrid, se ven las granulaciones del chabolismo, como una erupción sobre la piel de la ciudad.

A una con la exposición del mal, el ministro de la Vivienda presentó el remedio para curar a Madrid de esta lacra mediante un estudiado sistema de pobla-

dos de absorción a construir en Manoteras, Canillas, San Blas, Vallecás, Doña Carlota, Orcasitas, Vista Alegre, Carabanchel Alto, Santa Rita y Peña Grande. El presupuesto para la expropiación y urbanización de los terrenos, más el importe de los servicios sociales, está calculado en unos cuatrocientos millones de pesetas. Varios de estos poblados, con 4.850 viviendas en total, pueden ser de ejecución inmediata, pues sus terrenos no requieren el trámite de expropiación.

Está, pues, estudiado y a punto para ser llevado a la práctica el plan concebido para extirpar la costra de chabolismo que ha vuelto a brotar. Y aun realizado dicho plan, no debemos hacernos la ilusión de que el chabolismo desaparecerá para siempre. Es mal universal incurable y congénito a todas las grandes urbes. Excrecencia propia de todas las aglomeraciones urbanas. Pero obligación nuestra es combatirla y extirparla aun a sabiendas de su reproducción y sin esperanza de una limpieza total de estas escorias que produce la combustión de la ciudad, como los residuos que dejan las olas en su resaca. Lo importante es la decisión para proseguir la batalla de la vivienda, que ha de ser incesante. Y la decisión existe, según lo acreditan los hechos.